

## **Crónica musical**

### **TEMPORADA SINFONICA**

Desde el sexto al noveno concierto de la temporada, el conjunto actuó bajo la dirección del eminente maestro Igor Markevitch, que visitaba Chile por primera vez. El director visitante nacido en Rusia hace cuarenta y un años, actúa en el centro de la vida musical europea desde la edad del diecisiete. Vale decir como si el movimiento musical contemporáneo, en todo su más intenso y movido panorama, le hubiera tenido como actor. Y en realidad, Markevitch, a quien ya Sergio Diaghilef impulsó como compositor al llevar a París el célebre conjunto de ballet formado bajo su nombre, comenzó desde entonces a participar en los más importantes movimientos musicales europeos en su triple calidad de pianista, compositor y director de orquesta.

Hoy en día Markevitch prefiere dejar de lado al compositor —pues él mismo confiesa que desea cambiar totalmente la orientación seguida en sus composiciones—, y dedicarse en cambio a la dirección orquestal. En este sentido es reconocido como una de las autoridades europeas en el repertorio contemporáneo. En otro aspecto, ha profundizado los problemas de la técnica de la dirección orquestal, y anualmente desarrolla un curso con ocasión de su visita a Salzburgo, para dirigir los Festivales Mozart.

Para nuestro medio la visita de Igor Markevitch significó conocer a un maestro de extraordinarias condiciones pedagógicas, de

un conocimiento profundo de la técnica de dirección, cuyas dotes se hicieron presentes desde el primer momento en que empuñó la batuta frente a la Sinfónica de Chile.

Tal fué lo ocurrido en el primer concierto a su cargo, que correspondió al sexto de la temporada. El maestro Markevitch, eligió para él un programa que comprendía la Sinfonía "Patética" de Tchaikowsky, la Sinfonía N.º 5 de Arthur Honneger y la Suite de "El Sombrero de Tres Picos" de Manuel de Falla.

Si hay partitura falseada, explotada al máximo en su capacidad emotiva, y en el dinamismo de su rítmica, es sin duda esta sinfonía del gran músico ruso a quien Stravinsky llamó "el mejor de todos nosotros". Grabaciones existen donde se deja traslucir con toda claridad que el director ha buscado extremar la grandilocuencia, o la efusividad sentimental, con miras a un impacto certero en la sensibilidad del público. Pero ¿corresponde todo eso al pensamiento del compositor? Markevitch sostiene que no, y la versión dada por este director, hizo pensar seriamente a muchos si el contorno equilibrado, cristalino, diríamos "clásico", que dió a esta música, ponía de relieve una dimensión nueva, y más auténtica, del pensamiento tchaikowskiano, cuyo poder expresivo surgió con absoluta claridad, pero limpio de efectismos y de truculencias.

El estreno de la quinta sinfonía de Honneger, nos puso en contacto con una obra de inspiración robusta, optimista, que hace primar esas cualidades sobre otras de orden expresivo. Por cierto no es de aquella música "para escuchar con el rostro entre las manos"; pero su lenguaje sinfónico brillante y coloreado, la vitalidad de su rítmica da un todo que es una jubilosa manifestación sonora. Tanto en esta sinfonía como en la Suite de Manuel de Falla que dió término al concierto, la primera actuación de Markevitch se distinguió por dos cualidades fundamentales: su extraordinaria capacidad para lograr de la orquesta una sonoridad limpia, transparente, con matices finamente dosificados y la notable precisión de sus gestos que, dentro de una sobriedad abismante, obtenían el despliegue

de las mejores cualidades de los miembros del conjunto, exigiéndoles más y más sin esfuerzo aparente.

En el segundo concierto a su cargo, el director ruso estrenó la Sinfonía N.º 3 de Franz Schubert, obra juvenil que respira una atmósfera graciosa y liviana. Se unen en esta obra, de una parte, la escolaridad de su plan formal, teñida frecuentemente con la cálida expresividad del "liederista", y de otra, el ritmo jovial de las danzas aldeanas que tanto en Schubert, como en Haydn, Mozart y Beethoven, son la fuente oculta de notables creaciones sinfónicas. Se estrenó también el Divertimiento de "El Beso del Hada", de Igor Stravinsky, obra compuesta para la bailarina Ida Rubinstein en 1928, y que está concebida como un homenaje del autor "a la musa de Tchaikowsky". Como tal, figura en la arquitectura de la obra numerosos temas y giros melódicos de obras de Tchaikowsky, revestidos y transformados bajo la versatilidad genial del estilo stravinskiano, en una música de maravilloso equilibrio y economía de recursos. El clasicismo fundamental de esta obra nada hace recordar al Stravinsky de la "Consagración de la Primavera" y a su monumental concepción. El programa terminó con la Cuarta Sinfonía de Brahms, obra en que el maestro visitante, contrariamente al común de sus colegas, no buscó destacar su grandilocuencia o fuerza impulsiva, sino la exposición clara e inteligible de su riqueza y complejidad formal. Para muchos resultó esta obra algo fría, pero nadie pudo dudar de que había escuchado todo lo que Brahms puso en ella. La claridad expositiva del maestro, la obtención de los más refinados efectos sin esfuerzo notorio, la rítmica firme y sin licencias, fueron las características del trabajo de Markevitch en todo este programa.

El tercer concierto nos pareció el mejor de todos los dirigidos por Markevitch. La versión ofrecida del Concertino N.º 2 de Pergolesi, para cuerdas solas, fué un resultado que llenó de asombro al auditorio, al escuchar al conjunto con una calidad sonora, con una transparencia y pureza de fraseo nunca logradas antes. Esta misma sorprendente limpidez y finura en los matices dió su mayor

encanto a la versión ofrecida de la Sinfonía N.º 2 de Beethoven, obra que fué lograda como una de las más brillantes realizaciones de nuestra Orquesta Sinfónica. Dos obras de Ravel completaron el programa. Fueron ellas el Concierto en Sol, en que actuó como solista la pianista chilena Flora Guerra, elegida por el maestro entre el grupo de ejecutantes que habían preparado esta obra. La elección recayó, sin duda, en una artista de reconocidas cualidades, a quien ha podido aplaudir el público de América en repetidas jiras de conciertos. La versión ofrecida por ambos artistas del Concierto de Ravel, ha sido una ejemplar manifestación de la comprensión estilística, del refinado sentido del color y la sutileza ambiental del arte del gran músico francés. El colorido policromo de la orquestación raveliana, la sutileza de su ambientación sonora, y el contagioso dinamismo que escapa de las páginas de "Dafnis y Cloe", fueron el punto final de este concierto, que el público musical recordará, como a muy pocos, por la autenticidad y riqueza expresiva con que las obras fueron ejecutadas.

En el último programa, Igor Markevitch inició su actuación con la Sinfonía N.º 38, llamada "Praga", de Mozart, autor por el que el maestro tiene un verdadero culto. Esto dió oportunidad para que la obra fuera escuchada con una calidad sonora y una propiedad estilística magistrales, que dieron aspectos nuevos a una obra frecuentemente ejecutada entre nosotros, pero a la que, hasta ahora, no se había ofrecido con la limpidez y claridad conseguida por Markevitch. Una obra chilena, seleccionada entre las varias que se sometieron a su examen, siguió en el programa. Fueron las "Canciones Castellanas", de Juan Orrego Salas, una de las mejores obras para canto de las escritas en nuestra música, que contó con la colaboración de Clara Oyuela como solista. La versión de esta obra reveló la comprensión del maestro Markevitch hacia el estilo, de clara orientación neoclásica, que destaca a Orrego. Tanto el contorno melódico, en constante acercamiento a una raíz hispana, como el trabajo del grupo instrumental que lo acompaña, alcanzaron un nivel de realización muy refinado y penetrante, al que por lo de-

más la solista dió su colaboración eficaz. El concierto siguió con el estreno de una "Suite de Danzas" del compositor húngaro Bela Bartok, partitura de gran riqueza formal, en que el colorido de la orquestación, la complejidad de sus hallazgos rítmicos, la elaboración de sus motivos —fundamentados en el folklore húngaro—, encuentran una realización maestra. La versión ofrecida por Markevitch agotó las posibilidades de esta música, y llevó al conjunto orquestal hacia la superación de verdaderas hazañas de ejecución instrumental. Un número que fué insospechado obsequio al entusiasmo del público, se ofreció como última obra del programa: la obertura de la ópera "Guillermo Tell", de Rossini. El talento de Markevitch, su conocimiento de la orquesta, el poder de sugestión que emana de sus más simples ademanes, llevó a la orquesta un impulso bajo el cual, las páginas tan oídas de esta obertura cobraron nueva vida, en tal forma que, saliendo fuera de los marcos usuales, el público exigió el "bis". Al concederlo, el maestro Markevitch recibió renovado elogio del público hacia su innegable calidad de músico y de intérprete excepcional.

### EL ORGANISTA JULIO PERCEVAL

Las pocas oportunidades que existen en nuestro medio para apreciar la música de órgano, tienen en las espaciadas visitas del organista argentino Julio Perceval, una realización que concita el interés público.

Este destacado intérprete ofreció tres conciertos dedicados a la obra de los maestros del órgano, desde el barroco a la época contemporánea, incluyendo, además, improvisaciones propias sobre temas propuestos.

En el primer concierto, realizado en el gran órgano de la iglesia de los Padres Carmelitas, y en los dos ofrecidos después en el Teatro Municipal, estos dos últimos ejecutados en un órgano eléctrico, Julio Perceval demostró sus grandes condiciones de ejecutante, cualidades que abarcan por cierto un dominio acabado de